

# ARMONIAS

## DE OTROS TIEMPOS

Me ha conmovido dulcemente el recuerdo que Villoch dedicó en el magazine literario un reciente domingo a la antigua y desaparecida «Bodega de Alonso» que estuvo situada cuando la colonia en el local de Prado y Neptuno, que hoy ocupa el café «Miami».

Yo me crié muy relacionado con el ambiente bohemio de aquella simpática bodega por mediación de mi padre, que era músico de iglesia, de teatro y de baile. Hoy resulta redundante la especificación de los tres géneros al hablar de un músico, porque la preparación técnica de nuestros músicos actuales les capacita para tocar cualquier papel que se les ponga en el atril. Pero entonces eran raros los que pudieran hacerlo cual mi padre y otros.

Por lo mismo pertenecía mi padre a orquestas como las de ópera que organizaba Don Anselmo López, tocaba habitualmente en la del teatro «Albisu» bajo la batuta del maestro Modesto Jullán y era unas veces fígle y otras contrabajo de la célebre orquesta de balles del genial Raimundo Valenzuela, músico nato, notable compositor de cuyo talento y contribución a nuestra cultura musical tanto queda por decir.

Yo empezaba a espigar cuando se cerró la «Bodega de Alonso»; pero a mi padre, que no faltaba a aquellas cenas descritas por Villoch, le oía contar las memorables ocurrencias. El café «Nadal», situado donde hoy está el restaurant «Mailbú», recogió la pintoresca clientela noctívula de Alonso, a donde ya solía yo acompañar a mi padre al salir de alguna que otra función de ópera del teatro «Tacón» y después de haber admirado el deslumbramiento lujoso de la Acera del Louvre y «Los Helados de París», repletos de gente rica en trajes de rigurosa etiqueta.

En el café «Nadal» recuerdo haber encontrado muchas de aquellas noches a Francisco Hermlida, muy adelantado ya en la conienzuda tarea de ingerir su cena especial a base de una ensalada que nunca pude entender. Era cronista teatral de este DIARIO y se las arreglaba para instalarse en su mesa del café desde mucho antes de que terminaran las funciones.

No puedo olvidar tampoco al «lonchero» del «Nadal», quien me preparaba con preferencia unos «sandwiches» especiales por lo grandes y surtidos, con los que mi padre me despedía de doce a una de la madrugada para quedarse en el grupo de músicos, actores, literatos y otros tranochadores entregados a sus charlas que a ababan fijamente en el corro del Parque Central con Raimundo Valenzuela como centro de simpatías, en la parte que caía frente al antiguo teatro «Albisu».

Mi padre tenía un especial prestigio con todos los «loncheros» de la zona teatral de la Habana. Le con-

sultaban muchas de sus intimidades psicológicas y no pocas de sus leves enfermedades: picazones, reumas, etcétera, y le llamaban Don Enrique y a veces Don Urrutia. Le obsequiaban constantemente con bocaditos selectos y no había semana en que no tuviéramos en casa el obsequio de un gran esqueleto de pavo guardado de abundante masa, a lo cual llegamos a acostumbrarnos y a recibir con cierta indiferencia.

Pero los tiempos cambiaron y vino una época en que escaseó el trabajo para los músicos. Se agotaron nuestros pocos ahorros. Entonces yo era un estudiante que no aportaba al hogar sino buenas notas escolares de aplicación y conducta, incapaces de resolver el problema de la mesa.

Un día que a las diez de la mañana todavía «no había salido el sol» para nosotros, mi padre se lanzó a visitar a uno de sus «loncheros» predilectos y volvió con un formidable esqueleto de pavo que nos pareció maravilloso y que fué recibido con rango de salvador.

Mi madre, que era una artista en la cocina casera, preparó un guisado caldoso en una cazuela bien grande, «de las de a cuatro reales». Yo me puse a ayudarla en la cocina encantado. Fregué los cacharros, la loza y hasta las losas rojas y carcomidas del viejo fogón criollo.

Fuse la mesa, desperté a mi padre que dormía la siesta después de su triunfal «forrajeo», y me disponía a levantar de la hornilla la gran cazuela para colocarla directamente en la mesa, cuando en aquel momento mi madre, satisfecha de su guiso y de mi ayuda, tomó un poco de la salsa y la probó. Vi con pena que se le llenaban los ojos de agua, lo que me hizo temer que se hubiera quemado la boca. Luego, un sollozo ahogado y un ademán ofreciéndome la cuchara para que yo probase. Aquello me supo a veneno. Ella había comprendido antes que yo y me mostró con gesto resignado el cucharón que sacaba de la cazuela con un pedazo de jabón amarillo adherido y humeante. No había yo logrado servir a la familia en apuro ni siquiera como fregador de cocina.

Desde luego que al fin «nos salió el sol» aquel día; pero mucho más tarde.

Al cabo de tantos años transcurridos, los «loncheros» siguen vendiendo esqueletos de pavo. Ya no es mi padre quien los trae a casa, sino mi hijo. Pero yo no he podido olvidar aquel pedazo de jabón amarillo dejado torpemente por mí sobre el fogón ni aquellas lágrimas desoladas e indulgentes de mi buena madre.

Gustavo E. URRUTIA.

*SM, en 2/38*